

Resto de salitre

Cristina Sánchez de Lara

I

Holgazán el día se despereza
entre las fauces del septiembre extraño.
Mece la luz el pensamiento huracán
de un viajante falto de certeza.

La despedida rueda en su cabeza,
lo aleja de ficción y desengaño,
resiste blanda y gris como el estaño;
lo aleja del hogar y la belleza.

Hoy abandona esta tierra y sus olores,
la esencia salada o los vientos fuertes.
Hoy deja atrás la mar y sus albores.

Beberá fría plata de otras fuentes,
sin olvidar la sal y sus colores,
llevando en sí levantes y ponientes.

II

Cielo siempre encapotado
de esta ciudad, que no es mía.
Rebosa de lado a lado
de viajante y galería,
la estación que acuna el Prado,
cuyas horas y alma enfrían.

Este cielo encapotado
tiñe de solas las vías,
y el invierno macerado
en que rueda el cercanías
lamentó, desperdigados,
los restos de la alegría.

El amor desprestigiado
que en llama viva ardía
lo abandonó calcinado
a mitad de travesía
la estación del dardo helado,
la estación de mediodía.

Los vestigios han llegado
de ese amor de fantasía,
al poeta enamorado
de aquella Atocha vacía.

III

El cuerpo planchado espera,
de tanta noche vencido
entre el insomnio y el ruido
que la oscuridad le meza.

Sangrante el labio; un quejido.
Viva en su carne la pena,
azul explota la vena
dolor, color prohibido.

Azul es la luz que anhela
la sombra desnuda aguada
la piel suntuosa dorada
languidece en duermevela.

En mar de luna bañado
el cuerpo postrado, inerte,
como el que aguarda la muerte
que asoma bajo el costado.

IV

Cuando me cuele en tu oído y susurre,
en lo frondoso de tu sueño oscuro
mis formas cálidas, mi canto puro.
Cuando me cuele en tu oído y susurre,

el recuerdo que el alma negra cubre,
ficción enladrillada en mi murmuero,
llorarás obstinada al cuerpo duro
que reviste la esencia de tu mugre.

Viva no quedará una voz honesta,
corrosiva del deleite y el hastío,
el aullido de la verdad funesta.

En cada pálpito de tu albedrío,
confundirá el delito y la respuesta
la noche al lecho en mi hueco vacío.

V

Llevaba los ojos tan claros
tan finos, tan inmensos.
Llevaba esos ojos tan raros
en sus azules densos,
que parecía que quebraban.

Tan profundo amaba
el renglón de la nada,
y de dentro figaba
tan fuerte su mirada,
que parecía que lloraban.
¡Sí, parecía que lloraban!

VI

Cada cuatro noches se levantaba.
Le gustaba llamar de madrugada
desde aquella cabina estropeada,
incluso al interior se amodorraba.

Hablaba del infierno, de la nada,
de cómo lo profundo le asustaba,
primero en murmullos, luego gritaba
desde penurias hasta cuentos de hadas.
No descansaba para contar horas,
en su ruido y silencio disfrutando,
aún no podía llenarlas todas.

El noctámbulo cantando, contando,
cómo las olas estaban tan solas,
sabía que nadie estaba escuchando.

VII

Este cielo de sol bajo,
me despojó de dos plumas,
una se hundió entre las brumas,
en su total desparpajo.

Esta trataba de espuma
de cómo la mar migraba,
de guijarros que abrazaba
cuando la casa era una.

De los cristalitos verdes
nacidos de agua salada,
de cómo la orilla helada
se perfilaba los dientes.

Al desorden de ciudad,
perdí otra pluma de hogares,
esta contaba las llaves,
que a ti me hicieron llegar.

No solo todas las calles
durante años trazadas;
de esa chisposa mirada
también perdí los detalles.

Me obsesionó en un exceso
esta ausencia voluntaria;
en mi Madrid solitaria
corté de la pluma el hueso.

VIII

Estremecimiento placentero,
repentino desenfreno.
El punto previo a la explosión,
tensión pausada, presión lenta,
calmada excitación.

Gelidez en la primera ola,
el roce helado que cura
por completo las heridas.
Hasta que no existe el frío.
No las lame ni se cuele en ellas.
Las hace visibles, deja sanar.
Al descubierto.

He aquí un nuevo refugio
al que me aferro y del que me asusto
de saberme mi culpable,
de abandonar demasiado tarde.
Hay un miedo implícito,
viviente y superviviente,
resistente, persistente,
susurrante que se acaba.

No sé aún si al quedarme
me traiciono o me soy fiel,
escribo al eres, no a un fue.
Veo parte de mí en ti, aquí,
y parte de lo que me gustaría ser.

Olvido a cada traza que hurgo
que cuanto más avanzo más me huyo.

No quiero despedidas
ni aquel recuerdo tuyo.
Me niego a que se vaya.
Ahondo, deseo que palpe,
escarbe, escrute, arranque.

Le siento y defino:
luz trémula hasta que arde,
gradación oceánica,
sabor nuevo, contraste sensible,
azul de un mar furioso.

Sincero escalofrío,
Estremecimiento placentero.
Repentino desenfreno.
Espero que sepas de quién hablo.

IX

De noche el papel blanco,
de noche, sobre todo,
me insiste de algún modo
que rellene los flancos
de la cicatriz muerta
que dejé en tu costado,
que aún en mí está abierta.

Miro negras entrañas,
más negro coloreo,
si lo oscuro enmaraña
el alma en telarañas,
a más adentro veo,
grande y extremo lo feo.
Mi cadáver, un reo.

X

Del tiempo prodigioso
atrás he contemplado
aquel vigor dorado,
lazo maravilloso,
que me anudó los lados
de un espejismo hermoso.

Ahora y desde fuera
la ingenuidad me trepa
al descubrir la cepa
hundida bajo tierra,
encubierta cual fiera,
sin una luz que quepa.

Mi casa antes tuviera
farol en cada esquina,
si yo sabido hubiera
de esa luz mortecina
no hubiera habido espera
a la huida de la ruina.

XI

Nació en la cresta de una ola,
se gestó el niño de espuma
y meciese en una cuna
de pedrusco y caracola.

Cuando el agua abrió sus fauces
para abandonarlo en tierra
prometió a la mar férrea
encontrar vuelta a sus cauces.

Mil kilómetros más tarde
desde un piso en las alturas
se abalanzó hacia su cuna.
Desde allí la llamó madre.

XII

Querer en un exceso
amontonar sin límite
en la balanza el peso,
fortuna que codicie,
en forma de embeleso.

Aquel querer que escueza,
una pasión de cítrico,
la violencia que cueza
en un amor raquíptico
radicará en maleza.

XIII

En mis cabales perdidos
surge la firme escritura,
se asienta tras la ranura
de los recuerdos y ruidos.

Un caballo desbocado
relincha un amargo aliento
cabalga un cuerpo sediento
de inspiración deslumbrado.

Está buscando con brío
en el amor un bosquejo
para tener por cortejo
tu cuerpo raso en el mío.